

los holandeses y á los ingleses, al mismo tiempo que el derecho de instalarse en Marguy, rada segura del golfo de Bengala. La Compañía tenía como puertos de enlace Lorient, Port-Louis y Nantes, y sus barcos dirigíanse también algunas veces á Saint-Malo; los artículos que importaba en Francia eran telas pintadas, telas blancas, muselinas, telas de oro y de plata, tapices de Persia, madera de sándalo, arroz y pimienta de Calicut y de Siam.

A pesar de la actividad de Martín, la Compañía decayó poco á poco, en parte á consecuencia de las guerras, durante las cuales los holandeses se apoderaron de Pondichery (1693), que le fué devuelta, sin embargo, al firmarse la paz de 1697, y en parte á consecuencia del aumento de los derechos de entrada en Francia y de la prohibición de importar telas pintadas y telas de seda, de oro y de plata. Ya en 1682 había tenido que permitir á los particulares que enviasen mercancías á las Indias con tal que se sirvieran de sus buques; en 1686 renunció definitivamente á la isla Delfina (Madagascar); en 1698 abandonó el monopolio del comercio con China, que se había hecho adjudicar; en 1712, para pagar sus diez millones de deudas, vese obligada á entregar su comercio á los negociantes de Saint-Malo, y cuando en 1714 solicita la renovación de su privilegio es para hacer dinero con él, habiéndolo vendido en 1716 á una compañía de Saint-Malo mediante un 10 por 100 sobre las ventas y un 5 por 100 sobre las presas.

Jourdán, gran fabricante de cristales de París, fundó en 1698, á instancias de un misionero, el padre Bouvet, una compañía de China compuesta de magistrados, consejeros ó abogados del parlamento y comerciantes parisienses. Las primeras operaciones fueron brillantes: el *Amphitrite*, buque de quinientas toneladas, tripulado por ciento cincuenta hombres y armado con treinta cañones, que salió de La Rochela en marzo de 1698 y regresó á Port-Louis en agosto de 1700, trajo una gran cantidad de mercancías, sedas, sederías etc., cuya fructuosísima venta permitió dar á los accionistas un beneficio de 50 por 100. La Compañía de China asocióse con otra de Saint-Malo, dirigida por el armador Danicán que había obtenido en 1698 el monopolio del comercio de los mares del Sur (Océano Pacífico), y los buques de las dos compañías unidas partían de Saint-Malo y á veces de Port-Louis para Macao, Amoy y sobre todo Cantón, en donde los europeos eran mejor tratados que en otras partes, y traían de aquellos territorios hermosas telas y sedas en bruto. Además, explotaban, aun durante las guerras y arrojando el peligro de los corsarios, las regiones del mar Pacífico que se habían reservado los españoles, visitaban los puertos de la costa occidental de la América del Sur, «con el pretexto de hacer aguada y reponerse de víveres como si fueran á China ó al Japón,» y regresaban cargados de pieles, de avestruces, de maderas tintóreas y sobre todo de oro y plata en barras y en piastras. Pero la buena armonía entre ambas sociedades de París y Saint-Malo duró poco tiempo y la Compañía de China se vió desposeída de su monopolio.

En su lugar creóse otra compañía de China, oriunda de Saint-Malo, que no fué más afortunada que ella. Las sedas de China, que podían hacer la competencia á las

de Francia y de Italia, fueron prohibidas en 1713, y la Compañía, privada de su flete de retorno, fué decayendo hasta el día en quedó englobada en la gran Compañía de las Indias (1719).

La actividad de los franceses en China y en el mar Pacífico fué notable, sobre todo á partir de 1705. Cada año salían por lo menos diez buques para el Pacífico, y en 1714 salieron veinte. Los principales armadores eran: en Saint-Malo, Danicán y Bourdas; en Dunkerque, Piccourt, y en Marsella, Crozat. El buque *Gran Dauphin*, de Saint-Malo, dió la vuelta al mundo desde 1711 á 1713 y volvió á darla desde 1714 á 1717; el *Comtesse de Pontchartrain* también la dió, pero de Oeste á Este; y cuando el *Saint Anthoine*, buque armado por particulares y uno de los primeros que dió la vuelta á América para dirigirse á los puertos chinos, entró en el puerto de la Concepción, en la costa de Chile, encontró allí una verdadera flotilla francesa, el *Philippeaux*, el *Saint Charles*, el *Royal Jacques*, el *Maurepas*, el *Saint Louis*, el *Toison*, y un solo buque extranjero, el *Sacramento*. En los puertos vecinos había anclados otros buques franceses, á muchos de los cuales había de volver á encontrar el *Saint Anthoine* en su travesía del Océano.

VI. — El comercio con América (1)

A fines del siglo XVII Francia posee en la América del Norte las islas situadas en el estuario de San Lorenzo, la isla de San Juan, la isla Real, Terranova, la península de la Acadia, el Canadá hasta los grandes lagos, el territorio de la bahía de Hudson, zona en donde se encuentra con los ingleses, y hacia el Sudoeste, el inmenso valle del Mississipi, que por este río y por su afluente el Ohío, se comunica con la región de los lagos.

Las islas del estuario de San Lorenzo no están pobladas. En el gran banco de Terranova pescan los franceses el bacalao, permanecen algún tiempo en la isla para secar y salar el pescado, y regresan á los puertos normandos y bretones. La Acadia, en 1686, cuenta sólo ochocientos ochenta y cinco habitantes, no tiene más que un millar de reses vacunas y novecientas arpentas de terreno labrado y sus relaciones con el Canadá y con el valle de San Lorenzo son casi nulas, porque no hay camino entre Quebec y Port-Royal. Mayores son las relaciones de la Acadia con los ingleses establecidos en la costa del Atlántico, y la pesca del país pertenece casi por entero á los marinos de Boston.

El Canadá se extiende á lo largo del San Lorenzo, entre los ingleses de la bahía de Hudson y los del Atlántico, y en él hay las ciudades de Quebec, Tres Ríos y Montreal; los comerciantes sedentarios están en Quebec y en Montreal los nómadas. Los franceses han avanzado en la región de los lagos, especialmente desde 1675; el conde de Frontenac, gobernador del Canadá se ha abierto paso hasta aquel mar interior atrayéndose á la confederación de las Cinco Naciones iroquesas y evitando una guerra entre los iroqueses, de una parte, y las tribus del Illinois y del Utaua, de otra. Establécense en territorios salvajes una serie de fuertes que son á la vez puestos militares y mercados: el fuerte Frontenac, en el extremo oriental del lago Ontario, bien pro-

(1) Respecto del Canadá y de las Islas véanse págs. 110-113.

visto y adonde va casi cada año el gobernador para celebrar conferencias con los jefes iroqueses; el fuerte Niágara, entre el Ontario y el Erié; San José de los Mianis, entre el Erié y el lago de los illineses (Michigan); y finalmente Michillimackinac, en el punto de unión de los tres grandes lagos Superior, Michigan y de los Hurones. Estos puestos, excepción hecha del Niágara, evacuado en 1688, sirven de punto de partida para los exploradores que quieren emprender nuevas correrías. A partir de 1682, gracias á Du Luth, la dominación francesa se extiende hasta el extremo del lago Superior; en aquel entonces, la población del Canadá es de doce mil habitantes, entre los cuales viven un millar de indígenas.

La colonia canadiense tiene algunos anexos: del valle del San Lorenzo y de la región de los lagos parten hacia el Norte corredores de maderas y comerciantes en busca de peleterías, estableciéndose así una comunicación con el territorio de la bahía de Hudson; y hacia el Sud oeste alcanza el Canadá, desde 1682, una extensión extraordinaria gracias al valor indomable de uno de los más grandes exploradores de América, Cavelier de la Salle.

Comerciante de Ruán y agente de una sociedad de accionistas, la Salle, como sus antecesores los normandos que descubrieron las costas occidentales de Africa, se lanza á lo desconocido. En 1680 se establece en el territorio del Illinois construyendo en él un fuerte; pero hasta dos años después no puede aventurarse en el río, porque sus acreedores le han obligado por dos veces á dejar su fuerte para bajar hasta Montreal. Al fin parte á principios de 1682 con algunos compañeros, descien- de en barca por el Mississipi y llega á la desembocadura de este río en 9 de abril.

«Allí, dice la Salle, escudramos un árbol y con él hicimos un poste que plantamos y en el cual claváronse las armas del rey de Francia hechas con el cobre de una caldera. También se plantó una cruz, enterrando debajo de ella una plancha de plomo en la que había escritas estas palabras: «En nombre de Luis XIV, rey de Francia y de Navarra, el 9 de abril de 1682...» Escaseaban los víveres y no teníamos más que un puñado de maíz por día.»

De este modo daba la Salle á Luis XIV una nueva tierra, la Luisiana. Parte luego para Versalles, en donde funda, en 1684, la Compañía de la Luisiana ó de Occidente, y regresa á América con cuatro buques llenos de colonos y soldados y bien provistos de víveres. Dirígese al golfo de México, pero no puede reconocer la desembocadura del Mississipi, perdida en medio de los inmensos aluviones del río, y desembarca en una costa desconocida é inhospitalaria en donde perecen casi todos los suyos y en donde él mismo es asesinado en 1687. Siete ó ocho años después, de Iberville, normando como él, reconoció la desembocadura del Mississipi.

El Canadá se ensancha, pues, de una manera desmesurada y las posesiones francesas encierran, por medio del San Lorenzo, de los lagos y del Mississipi, las colonias inglesas de la costa del Atlántico; pero precisamente entonces Luis XIV se ve obligado, por el tratado de Utrecht, á ceder á Inglaterra los anexos marítimos del Canadá, es decir, la Acadia y Terranova (1713).

El comercio con el Canadá y sus anexos consiste

principalmente en peleterías que varias compañías de negociantes compran á los salvajes y á los exploradores de bosques. Las pieles de castor y de otros animales no pueden entrar en Francia más que por cuatro puertos, Ruán, El Havre, Dieppe y La Rochela, de los cuales el primero y el último son los dos grandes mercados de peletería del reino. Los franceses, en cambio, llevan al Canadá aguardientes y varios productos manufacturados. Los ingleses, empero, venden á los salvajes á muy bajo precio mercancías que les gustan, como escarlatinas de hermosos colores rojos importadas de Inglaterra, consiguiendo de este modo apoderarse de los mejores castores, en vista de la cual los concesionarios franceses se quejan y piden al gobierno que permita que salgan de La Rochela escarlatinas traídas de Inglaterra que ellos cambiarán luego por castores en Quebec. Pontchartrain, secretario de Estado de la marina, suplica también, en 1714, al contralor general Desmaretz que consienta á Neret y á Gayot el envío de doscientas cincuenta piezas de escarlatinas; pero sus ruegos son inútiles porque Desmaretz, atento sólo á los derechos del Tesoro, deniega aquella gracia.

Las posesiones francesas de la América del Norte eran explotadas por compañías comerciales, como la Compañía de la Acadia, creada en 1683, y la del Canadá que la substituyó en 1703; pero ninguna de ellas prosperó.

Los ensayos de colonización realizados por la Salle en Luisiana tampoco habían dado buenos resultados. Después de la paz de Ryswyk, el rey había enviado en aquel territorio, que era una inmensidad no ocupada, una guarnición que había de instalarse en los fuertes, y concedido al asentista Antonio Crozat el privilegio del comercio durante quince años en todo el país comprendido entre la Carolina de los ingleses y Nuevo México, con la obligación de surtir á la guarnición de víveres, efectos y municiones (14 de septiembre de 1712). Aquel territorio, en donde se suponía que existían ricas minas de oro, había de ser en tiempo de la Regencia, patrimonio de una compañía nueva, la del Mississipi, fundada por Law.

Francia sostiene un gran comercio con sus islas de América, la Martinica, Guadalupe, Santo-Domingo, de la que sólo ocupa la parte occidental, y con una serie de pequeñas Antillas, tales como Granada, María Galante, San Cristóbal, etc. Esas islas han sido lentamente pobladas por la metrópoli: primeramente acudieron á ellas hombres de raza blanca, nobles ganosos de aventuras, monjes en busca de almas que convertir y de pingües ganancias que realizar, agricultores y comerciantes «enganchados» voluntarios ó forzados de las compañías, y luego llegaron allí, procedentes del Africa y conducidos en buques de las compañías, hombres de color, porque los blancos tendían cada vez más á substituir el trabajo libre por el trabajo servil. En 1866, nuestras colonias de las islas se componen de unos diez y nueve mil blancos y de veintinueve mil negros; en 1701, hay cuarenta y cuatro mil negros solamente en las tres principales islas: ocho mil en la Guadalupe, diez y seis mil en la Martinica y veinte mil en Santo Domingo.

Las colonias se quejan de la falta de trabajadores

manuales; es decir, que no hay todavía bastantes negros en las islas. Los colonos no son ricos, pagan con más frecuencia en productos, como azúcar ó tabaco, que en dinero, y cuando la cosecha es mala pasan muchos apuros, para pagar sus deudas. Las compañías venden pocos negros á la vez y no introducen nuevas expediciones de éstos hasta que han cobrado las remesas anteriores; y esos negros, mal alimentados, mal vestidos, agobiados de trabajo, apenas se reproducen. El Código negro, preparado por Colbert y promulgado después de su muerte, en 1685, obliga á los amos á alimentar y vestir convenientemente á sus esclavos, á tratarlos de una manera más humana, á considerarlos no como cosas sino como hombres, bien que inferiores á los demás (1); pero á pesar de ello, la condición de los negros sigue siendo miserable, aunque de todos modos mejor en las colonias francesas que en las inglesas y holandesas.

Como los negros son empleados casi exclusivamente á la agricultura, apenas hay en las islas más industria que algunas refinerías, y aun éstas hubieron de luchar con los intereses rivales de los negociantes franceses. Hay en cambio ricos cultivos, la caña de azúcar en primer término, y luego el añil, el tabaco, el algodón, el cacao, el café, la caña y el jengibre, y algunos productos accesorios, como la concha de tortuga y las maderas tintóreas. Los cultivos no progresan con bastante rapidez y aun algunos peligran; así, la creación del monopolio del tabaco en provecho del Estado determina la decadencia de este importante cultivo en Santo Domingo.

Por otra parte, nuestras islas están mal protegidas en tiempo de guerra, y los filibusteros, que desdeñan todo trabajo agrícola y son un estorbo perpetuo para el gobernador de Santo Domingo, con sus atrevidos golpes de mano no hacen más que provocar las represalias del enemigo.

La metrópoli, en sus relaciones con las colonias, mira exclusivamente su interés, y los colonos son siempre sacrificados á las compañías y á los comerciantes de Francia, según hemos visto, con la prohibición de la refinería y el establecimiento del monopolio del tabaco. Desde Francia se les imponen ciertos cultivos y se les hace abandonar otros, con el pretexto de que «la diversidad de los cultivos en las colonias es la cosa más importante para su bien.»

El comercio de las islas estaba reservado á los puertos de Ruán, Nantes, La Rochela y Burdeos, por virtud de un privilegio que, en 1704, se hizo extensivo á Dunkerque á consecuencia de las reclamaciones que éste formuló. Los buques salen en noviembre y en diciembre y llegan á las islas en febrero y en marzo, cargados de buey salado de Irlanda, de harinas, de vinos, de aguardientes, de telas para vestidos de los negros y para embalajes y, finalmente, de gran cantidad de tortugas pescadas en las islas del Cabo Verde y saladas durante el viaje, que sirven de alimento á los negros. De allí regresan hacia el mes de junio abarrotados de azúcar mascabado, cacao, añil, cueros, conchas de tortuga, etc.; mercancías que en parte se consumen en Francia y en parte son expédidas al extranjero. Nantes, La Rochela y Burdeos son grandes depósitos de productos coloniales para Francia y para una parte de Europa.

(1) Véase pág. 125.

El azúcar que se refina en Francia, en Nantes, Angers, Saumur, Orleáns y Burdeos, es una de las principales materias del comercio de las islas; pero en el siglo XVII se decía que un cargamento de azúcar valía tres veces más que un cargamento de azúcar, razón por la cual algunas compañías privilegiadas transportan á las islas negros de la costa occidental de Africa.

A la compañía del Senegal, que había recibido de Colbert el monopolio de la trata, sucede, en 1685, la compañía de Guinea, que ha de proporcionar cada año mil negros recibiendo una prima de trece libras por negro. Los colonos y los administradores de las islas se quejan del escaso número de negros importados y de su precio excesivamente elevado; pero las compañías, aparte de que son muy exigentes en la cuestión del pago, no quieren envilecer su mercancía. El rey ensaya varios medios para poblar las islas, ora enviando buques del Estado á la costa de Africa para coger negros, ora dirigiéndose á varias compañías, ya apremiando á la de Guinea para que cumpla sus compromisos, ya creando, en 1698, otra nueva, la de Santo Domingo, que habrá de llevar á esa isla cien blancos de Europa y doscientos negros cada año, ó subrogando, en 1705, á los antiguos interesados en la Compañía de Guinea ricos arrendatarios, como Mazón, Crozat, Tomás y Samuel Bernard, á quienes impone cargas más pesadas y otorga privilegios menos exclusivos. La nueva compañía habrá de llevar á las islas tres mil negros todos los años y no podrá negar á particulares el permiso de hacer la trata en Guinea; en 1707 permite á Chorin, negociante de la Martinica, que introduzca anualmente en las islas ciento cincuenta negros. En resumen, las distintas compañías negreras no han prestado á los colonos de las islas los servicios que éstos esperaban de ellas.

El comercio de las islas, además de lo que hubo de sufrir á consecuencia del régimen económico, vióse altamente dificultado por la guerra; pero en los tiempos de paz, á pesar de los estorbos y obstáculos de toda clase, es bastante activo para enriquecer á los puertos de Poniente, sobre todo á Nantes, que, después de la paz de Ryswyk, envía cada año veinticinco ó treinta barcos á la Martinica, ocho ó diez á Guadalupe, uno ó dos á Cabo Verde á la pesca de la tortuga, ocho ó diez á Santo Domingo y uno ó dos á Cayena. Después de la paz de Utrecht, este comercio toma gran incremento y poco á poco se irá poniendo en primera línea, al nivel del comercio de Levante.

VII. — El comercio con el Africa occidental

La colonia francesa del Senegal, que hasta fines del reinado de Luis XIV se componía de unas cuantas factorías situadas en la costa, comienza entonces á desarrollarse y á ser la base de un comercio senegalés.

Ante todo era preciso explorar el país, constituir territorialmente la colonia, y esta fué la obra que realizaron Chambonneau y sobre todo Andrés Brue, directores de la compañía del Senegal. En 1682, el director Dancourt visita los territorios de la costa recorriendo por tierra el espacio comprendido entre Cabo Verde y San Luis; en 1689, Chambonneau, remontando el río Senegal, explora el Gabón, hacia la confluencia del Faleme, y avanza por el Bakhoi hasta la catarata del Felú; y en

1693, Bourgnón ordena la exploración del lago Cayor, al Norte del río, en la región desierta. Suspendidos los viajes durante la guerra, reanúdalos, después de la paz, Andrés Brue. Director en San Luis desde 1694 á 1702 y desde 1714 á 1724, geógrafo, historiador y administrador inteligente, Brue extendió la colonia hacia el Este, instaló en ella algunos apostaderos y concentró todos sus esfuerzos en el valle del Senegal, entablando relaciones con los pueblos indígenas cuya historia ha sido el primero en bosquejar.

Las mercancías que los franceses compran á los moros son goma, ámbar, oro y sobre todo esclavos. La real compañía privilegiada del Senegal, que en 1685 sucedió á muchas que se arruinaron, explota el país; colonia y compañía se confunden y los directores de esta última son á la vez una especie de gobernadores. Pero la compañía, creada en 1685 y que comparte con la de Guinea la trata de negros, no dió mejores resultados que las anteriores: sus factorías de Gorea y del Senegal pasan por un momento á poder de los ingleses, y aunque en 1694 se reconstituye con el privilegio de importar en Francia mercancías de Africa ó de las colonias de América pagando sólo la mitad de los derechos de entrada, al fin se arruina (1).

La historia del comercio exterior de Francia está casi entera en las vicisitudes de las compañías privilegiadas, que Colbert había visto desaparecer una tras otra y cuyas sucesoras experimentaron iguales fracasos. La persistencia de éstos hay que atribuirlos á las mismas causas (2): en primer lugar, al individualismo de los comerciantes, cada uno de los cuales quiere dirigir por sí mismo sus negocios y desconfía de las grandes empresas que monopolizan el comercio; y en segundo, á la escasez de dinero, puesto que si bien hay algunos comerciantes ricos, éstos constituyen excepciones. Las pequeñas fortunas son poco á poco absorbidas por los impuestos ó por las continuas creaciones de rentas y empleos, y si las personas de la clase media quieren comprar un cargo que les valdrá emolumentos y considefacción, en cambio, hábitos de economía y prudencia les apartan de las inversiones aventuradas del dinero en negocios lejanos. Por esta razón las compañías carecen de capitales y los fondos en ellas colocados son de todo punto insuficientes para la explotación de los vastos dominios que les han sido otorgados. No se trata de negocios nacionales, pues los privilegiados y casi todos los ciudadanos fijan su atención en otras cosas, sino de negocios de algunos comerciantes y banqueros.

Y sin embargo prodúcese el hecho verdaderamente notable de que, á pesar de las guerras y de la fiscalización que dificultan el tráfico con el Norte, con el Levante y con las colonias, el comercio francés se extiende y abarca en lo sucesivo Moscovia, Etiopía, Persia y el Océano Pacífico. El Poniente se despierta, y en los puertos y en las grandes plazas mercantiles, en Nantes, Saint Malo, Marsella, Lyon, los armadores y los comerciantes despliegan sus iniciativas en medio de las trabas de la política comercial. Durante la guerra misma, manifiéstanse las esperanzas de una regeneración, de las

(1) En Guinea, la Compañía de este nombre hace un comercio de polvo de oro y sobre todo de «madera de ébano» que es dirigida en su mayor parte á las Antillas.

(2) Véanse págs. 106, 109 y 114.

que es signo evidente la actividad francesa en el Océano Pacífico; y después de firmada la paz, en 1716, la exportación sobrepasa á la importación en 36 millones, lo cual es presagio de un período de prosperidad.

VIII. — Resultados del conjunto de la economía social

Vaubán escribía en 1707 en su *Dime royale*: «Si dijese que Francia es el más hermoso reino del mundo, no diría nada nuevo, pues es cosa bien sabida desde hace mucho tiempo; pero si añadiese que es el más rico, nadie me creería, teniendo en consideración lo que se ve.» En efecto, aunque Francia no estaba arruinada del todo; aunque, á pesar de las guerras, de la opresión fiscal y del sistema económico, ciertas industrias y el comercio con varios países se sostenían y hasta prosperaban; y aunque había campesinos, industriales y comerciantes acomodados y aún ricos, en la masa de la nación la miseria era muy grande.

La agricultura y los campesinos sobre todo sufrían extraordinariamente: «Los bienes rurales producen la tercera parte menos de lo que producían hace treinta ó cuarenta años, particularmente en los territorios en donde la talla es personal (3).» Boisguillebert, en el *Détail de la France*, dice que la renta de los fundos ha disminuído en una mitad, por lo menos, desde 1660. Los cánones de los arrendamientos bajan en proporción del precio de las tierras, y esas bruscas depreciaciones del valor de las cosas arruinan á los propietarios: «La mayor parte de los habitantes, escribe en septiembre de 1708 el intendente de Burdeos, no tienen con qué sembrar sus tierras; pero no hemos creído oportuno comprometerlos á facilitar simientes, porque esto nos habría llevado demasiado lejos.» En ciertas regiones desaparecen los cultivos; muchos propietarios ó terrazgueros abandonan sus fincas y el derecho de propiedad parece herido en su origen. ¿A quién pertenecerán esas tierras abandonadas? ¿A quien vaya á ocuparlas y cultivarlas? En este caso ¿cuándo será propietario el nuevo ocupante? La cuestión fué muy discutida. El intendente y los Estados del Langüedoc propusieron, á fin de asegurar el derecho del nuevo propietario, una prescripción muy corta, de algunos años tan sólo; pero el Consejo del rey no admitió más prescripción que la de treinta años, y, á consecuencia de ello, en ciertos cantones dejaron de cultivarse las tierras.

Abundan los testimonios que prueban la miseria profunda de la población de los campos y de las ciudades, pues de todos lados llegan continuas lamentaciones á los ministros y al rey. El intendente de Champaña escribe en 1697: «Desde hace cinco años y medio que tengo el honor de servir en la generalidad de Champaña, todos los años he visto aumentar la miseria en ella;» y el intendente de Montaubán, en 1708: «Llego de mi excursión á Rouergue y en todas partes he encontrado una extremada miseria, causada por la mala cosecha, por las inundaciones y por la mortalidad del ganado.» El obispo de Montaubán declara en 1694 que anualmente mueren de hambre cuatrocientas personas en su diócesis; el de Meude, que salvo algunos hidalgos, menestrales, comerciantes y eclesiásticos, la pobla-

(3) Véase pág. 82.